

Escuela para las Obras de Caridad 2007

APUNTES
DE LA ASAMBLEA CONCLUSIVA
CON
don Julián Carrón

Milán, 16 de febrero de 2008

Moderadores: Antonio Mandelli, Mario Dupuis

Apuntes de la asamblea conclusiva

Antonio Mandelli. Bienvenidos todos, los presentes en la sala y los amigos que nos siguen por videoconferencia desde Madrid.

Ésta es la asamblea conclusiva de la Escuela para las Obras de Caridad, que comenzamos el año pasado con un primer encuentro, guiado por don Stefano Alberto, sobre “*La razón de la caridad: querer que el otro sea*”, al que siguió el encuentro sobre “*Caridad y relevancia civil de la obra*”, conducido por Giorgio Vittadini. Hoy tenemos el placer de concluir este trabajo – que ha tenido una continuidad durante el año con encuentros para retomar los temas afrontados anteriormente y otros momentos de formación previstos en el programa – con esta asamblea guiada por don Julián Carrón, al que estamos muy agradecidos. Mario Dupuis ha resumido las intervenciones, las preguntas y las contribuciones que han llegado para preparar esta asamblea.

Mario Dupuis. Hace algunos años, cuando el curso de las obras de caridad adquirió el carácter de un camino de conocimiento y de profundización de la idea de caridad que nos propone nuestro carisma, sobre todo con las lecciones de don Pino y las ejemplificaciones que presentaba Giorgio, fue como aceptar salir de algo preconcebido, de algo consolidado, tanto en la conciencia como en la conducción de la obra en la que cada uno estaba. Muchos de nosotros se dieron cuenta, a través de este trabajo, de que se atrincheraban detrás del hecho de “hacer el bien”. De este modo, sin quererlo, uno cae en buscar en el valor de la obra la justificación de lo que hace: no ganamos dinero, vivimos con quien es débil y necesitado, y esto en el fondo nos basta para justificarlo todo. Y así hacer el bien no encuentra su última consistencia y raíz.

Aceptamos el desafío de adentrarnos en un camino nuevo de conocimiento, que no anulara o desautorizara nada, pero que pudiera responder a nuestro deseo de saber lo que teníamos entre manos. Y cuantos más diálogos y lecciones, más comenzamos a entender que nadie nos podía dar instrucciones para el uso, confirmaciones o desmentidas, que la caridad como nos la enseñó y nos dio testimonio de ella don Giussani desencadena – si se toma en serio – un camino de conocimiento y no la aplicación de un comportamiento determinado. Hoy, don Julián, estamos aquí con la riqueza de hechos que nos plantean preguntas y problemas, con la certeza de que lo que está en juego somos realmente cada uno de nosotros y de que la primera tarea de nuestras obras es que este drama del yo tenga el mayor espacio posible. A partir de este trabajo y de las intervenciones que han llegado, vemos tres cuestiones de método que querría plantearte.

La primera. En La Thuile dijiste: «Una obra es expresión de un yo, nace de alguien que dice “yo”. Nos damos cuenta rápidamente de cuál es la naturaleza del yo que construye una obra al ver cómo concibe la naturaleza de la necesidad a la que trata de responder con su obra». Y añadías: «Aquí empieza a verse la diferencia. No nos podemos dejar chantajear por las necesidades. Si queremos conservar esta diferencia tenemos que obedecer al Misterio».¹ La experiencia en muchas obras nuestras es que no basta, para seguir adelante, que este modo de concebir la naturaleza de la necesidad sea una posición teórica, correcta pero teórica, acaso para hacerla valer como algo que nos distingue de los demás que, en nuestra opinión, construyen solo obras de asistencia.

¹ J. Carrón, *Amigos, es decir, testigos*, Asamblea Internacional Responsables de Comunión y Liberación. La Thuile, 25-29 de agosto de 2007, en «Huellas - Revista de Comunión y Liberación», octubre de 2007, pp. 66-67

Una de las contribuciones que han llegado dice: «Después de veintidós años nos encontramos con frecuencia con problemas de cansancio y desmotivación de los que trabajan en la obra y, por otra parte, de cansancio de los usuarios, que expresan continuamente el deseo de marcharse, ambos traicionados por una promesa de curación que no acaba de llegar. Nos preguntábamos, pues: ¿qué es lo que une las existencias de estas personas, trabajadores y usuarios, que están tan cansadas de estar juntas, aunque compartan la mayor parte del tiempo de su vida? ¿Qué hay de terapéutico en este tedio impuesto a los usuarios en nombre del tratamiento? ¿Qué queda de profesional en el espíritu de estos trabajadores desorientados y sin perspectivas de significado en su trabajo?». Estas preguntas pueden bloquearnos en una insatisfacción o abrirnos a un camino; lo que cuesta es rendirse al hecho de que es un camino, que actuar por puro amor – como dice don Giussani – es inimaginable como esquema a aplicar. Esta dificultad hace que nazca una incertidumbre, una insana precariedad del yo, no el abandono de uno mismo siguiendo un método seguro. De ese modo – dice otra contribución – «frente a un hecho hermoso que sucede en la obra, es increíble que el mismo evento pueda generar estupor y gratitud, o bien no generar nada, ningún cambio, dando todo por descontado».

¿Pasar del simple compartir la necesidad al concebir – como dices tú – la naturaleza de la necesidad a la que se intenta responder con la obra, implica un método a través del cual puede crecer la experiencia?

Siempre me ha impresionado que don Giussani afirme que la caridad implica la falta de razones, pero eso no significa que sea irrazonable. Y también te pregunto: ¿es así como la caridad se convierte en método de conocimiento, el compartir la necesidad marca la posibilidad de un camino de conocimiento? Otra contribución dice: «Querría entender mejor qué significa ser útiles».

Julián Carrón. Siento siempre una cierta desazón, no sé como decirlo y no sé si es la palabra adecuada, cuando me invitáis a estos encuentros; me siento tan impresionado ante lo que os veo hacer para responder a la necesidad, que me pregunto: ¿yo qué tengo que decirles a ellos? ¡Soy yo quien tiene que aprender! Una de las cosas que más me sorprende y me conmueve cuando tengo la ocasión de encontrarme con vosotros es ver cuánta caridad sin límites hay entre nosotros y, por eso, siento una desproporción delante de todo lo que encuentro. De todos modos, me lo preguntáis, de manera que os ofrezco la pequeña contribución que puedo dar a vuestro tentativo, esperando conseguir seros útil.

El punto de partida – como nos enseñó siempre don Giussani – es la experiencia. Mario me preguntaba: ¿cuál es el método de conocimiento? ¿Dónde comienza el recorrido del conocimiento?

Empezaría precisamente por el testimonio que él ha leído, porque para entender cuál es la naturaleza de la necesidad de un modo que no sea ideológico, ni preconcebido, hay que partir de la experiencia. ¿De qué nos damos cuenta muchas veces? De lo que dice esta contribución: que «después de veintidós años nos encontramos con frecuencia con problemas de cansancio y desmotivación de los trabajadores y los usuarios». Esto es lo primero que hay que mirar, porque si no miramos esto, si no encontramos una respuesta a nuestra necesidad como trabajadores, no podemos dar una respuesta adecuada a la necesidad de los usuarios. Sobre la necesidad de los usuarios podemos hacer muchos discursos, en modo reductivo según la imagen que cada uno tiene de la necesidad o de cómo la interpreta, pero no podemos hacer esto ante “nuestra” necesidad. Por eso don Giussani nos echa una mano constantemente cuando dice: el punto de partida es la experiencia. El punto de partida, amigos, es la experiencia que hacemos muchas veces del cansancio y de la desmotivación, porque solamente si tomamos en serio esto empieza un

camino del conocimiento que me lleva a ser consciente: «¿Yo qué necesito? ¿Cuál es la naturaleza de mi necesidad para que yo pueda responder a este cansancio y llenarme más de motivos para seguir trabajando de un modo realmente verdadero y gratuito?».

Por eso os pido que seáis leales, porque compartiendo la necesidad de los demás lo primero de lo que nos damos verdaderamente cuenta es de nuestra necesidad; saca a la luz no ya la imagen de la necesidad, sino la verdadera necesidad, la realidad de nuestra necesidad. Solo si tomamos en serio esto, podemos iniciar un recorrido que nos consienta encontrar una respuesta adecuada a ella. Y solo si encontramos una respuesta adecuada a nuestra necesidad, podremos llegar a ser compañeros de quienes se dirigen a vuestras obras buscando una respuesta. ¿Cuál es la naturaleza de la necesidad? Que nos hace entender la desproporción estructural que nos constituye. La grandeza de don Giussani fue ponernos manos a la obra: no nos dijo solamente: «Hagamos la Escuela de comunidad sobre *El sentido religioso*»,² sino que nos empujó a afrontar la realidad, diciendo: «Comencemos a hacer juntos la Escuela de comunidad» con un gesto de caridad. Hagamos la caritativa para que resulte evidente cuál es la verdadera naturaleza de la necesidad, y así podremos entender lo que dice *El sentido religioso*. Me sorprende que después de años en los que uno ha hecho el curso de *El sentido religioso*, lo pueda repetir desde el punto de vista de la lógica del discurso, pero no haya captado lo esencial. ¿Cómo se ve esto? En la manera de afrontar la vida.

Pongo un ejemplo muy simple. Muchos jóvenes vienen a pedirme que les case, o venían a decírmelo en España; charlando sobre su matrimonio, en un determinado momento, de un modo u otro, se veía que en el fondo pensaban que el otro tenía que responder a su necesidad, que el otro era lo que les haría felices. Esto me hacía tomar conciencia de que después de dos años de trabajo sobre *El sentido religioso* no lo habían entendido, pero no por mala voluntad. En el modo como afrontamos la realidad se ve cuál es la concepción que tenemos de nosotros mismos, cuál es la concepción de la naturaleza de la necesidad. Por eso, si el uno y la otra no entienden cuál es la naturaleza de la necesidad, que el otro no es capaz de responder de manera adecuada y, por tanto, que hay que abrirse a otra cosa, que hay que ampliar la razón, abrirse al Misterio del uno y de la otra, esto será el origen de todos los conflictos que estallan, después, en la relación entre los esposos.

Lo mismo sucede en cualquier obra: ¿qué “promesa de curación” – dice la contribución, entre comillas – podemos ofrecer? Podemos ofrecer solamente la compañía, el intento de respuesta a la necesidad, pero que en el fondo no es suficiente si en el modo como respondemos, intentamos responder, no entra en perspectiva la apertura al Misterio como la única posibilidad de no quedar desilusionados; ya que inevitablemente quedaremos desilusionados porque no conseguimos responder y los demás quedaran a su vez desilusionados porque no encuentran una respuesta adecuada.

Por eso, como veis, al compartir la necesidad comienza un camino del conocimiento, que nos hace más conscientes de nuestra necesidad y que nos lleva a abrirnos continuamente, no de modo teórico, sino como una urgencia de la vida, de las cosas que vivimos, que hace saltar nuestro prejuicio, ese algo preconcebido sobre el que normalmente nunca reflexionamos: nuestro racionalismo, nuestra medida, el intento de pensar que nosotros nos bastamos a nosotros mismos, que nosotros podemos responder; y precisamente por eso, si no logramos responder, al final estamos cansados y desmotivados. Entonces nos damos cuenta de que este “actuar por puro amor” es un bonito eslogan pero no sirve. No es que no sea ése nuestro deseo, pero si hemos intentado actuar así, ¿por qué nos cansamos? No basta

² L. Giussani, *El sentido religioso*, Ediciones Encuentro, Madrid 1999

con repetir como un eslogan que nosotros actuamos por puro amor. ¿Cuándo podemos actuar por puro amor, sin depender de la respuesta de los demás? Si nosotros somos los primeros que hemos encontrado una respuesta a nuestra necesidad. Por eso, la primera caridad es aceptar la caridad de Otro para conmigo. La verdadera caridad es la del Misterio: «Con amor eterno te he amado y he tenido piedad de tu nada».³ Nosotros no somos Dios, somos siempre necesitados y, por tanto, el primer reconocimiento es que tenemos necesidad de ser amados así, de acoger el amor de Otro, de llenarnos del amor de Otro, de la mirada de Otro, de la ternura de Otro. Esto es lo que elimina el cansancio y nos llena de motivos adecuados, porque nosotros podemos dar a los demás solo lo que rebosa de lo que recibimos. El “antes” del que hablé el verano pasado es siempre decisivo para nosotros. No somos nosotros – como dice san Juan – que amamos a Dios: es Él quien nos amó primero.⁴ Este «antes» no es solo cronológico, sino de cada instante, para poder encontrar las energías, este amor, este puro amor, sin tener necesidad de la respuesta de los demás. Vosotros, queridos amigos – lo comprendo bien – estáis delante de personas con las cuales se necesita una caridad inmensa, porque su relación con la realidad está herida, está dañada, y tienen que ser como “vencidas” por una caridad sin límites. Por eso, comprendo el cansancio: si uno no se nutre constantemente de otra fuente, de otro amor, es imposible que no se canse. ¿Por qué? Porque los resultados no siempre están al alcance de la mano, por lo que muchas veces se comienzan obras que luego se acaban porque nos cansamos o, en un determinado momento, abandonamos porque para seguir haría falta un amor completamente distinto, que no está en nuestras manos, y que siempre tenemos que recibir. Así es como podemos amar – como dice don Giussani – sin razones,⁵ es decir, gratuitamente, no por lo que el otro me da a cambio después, sino gratuitamente, porque a mi me colma ese amor que hace posible que me dé totalmente, sin cansarme.

Este camino es precioso porque, respondiendo al otro, yo descubro cuál es el sentido de mi vida, cuál es la esperanza de la vida para mí y, por tanto, puedo comunicarlo a los demás. En cambio, si no encuentro respuesta a mi cansancio, la obra de caridad se convierte en mi tumba, y eso es el fracaso de la obra, no porque se derrumbe, sino como derrota en nosotros, porque en lugar de ser cada vez más nosotros mismos, cada vez más fuertes, seguros, salimos cada vez más agarrotados y cansados.

Por eso, yo no dejaría caer en el vacío la provocación de la contribución de este amigo, porque es la cuestión decisiva, la misma que he visto en los maestros. ¿Por qué? Porque al final, cuando la situación de destrucción de lo humano en la que nos encontramos es mayor, hace falta una caridad todavía más ilimitada. La destrucción es cada vez mayor y encontraremos personas cada vez más dañadas en el corazón del yo. ¿Cómo podemos estar a la altura de esta necesidad? Solo si nosotros somos los primeros que reconocemos nuestra necesidad y encontramos una respuesta a ella, de lo contrario será difícil que podamos responder a los demás, incluso dando una cantidad inmensa de tiempo y energías. Si respondiendo a la necesidad, no despertamos la esperanza de la gente y la nuestra, no respondemos a ella verdaderamente. Esto significa ser útiles. ¿Cuál es mi utilidad para la vida de otro? ¿Cómo soy verdaderamente útil a otro? Si mi vida da testimonio de lo que responde, de cuál es la esperanza de la vida, a través de la modalidad con la que respondo a su necesidad en la medida de mis posibilidades, con mi intento que siempre será irónico. Ser útil coincide con la modalidad con la que yo respondo.

Pensemos en la Virgen: ¿cuál fue la utilidad de la Virgen? Si le hubiéramos hecho esta pregunta, ¿qué habría contestado? La utilidad – nosotros lo sabemos bien – de la vida de la

³ Cfr. Jr 31,3.

⁴ Cfr. I Jn 4,19.

⁵ Cfr. L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, Ediciones Encuentro, Madrid 2007, p. 235

Virgen fue su sí. La utilidad de nuestra vida es nuestro sí a este “antes” de Uno que nos dice: «He tenido piedad de tu nada», esta respuesta, acoger el amor de Otro nos hace capaces de amar y, por tanto, de dar testimonio de ese amor. Porque una respuesta a la necesidad que no responda a toda la necesidad (hasta el sufrimiento y la muerte) no es una respuesta.

Dupuis. Si en este recorrido para entender la desproporción estructural que nos constituye reconocemos la naturaleza de nuestra necesidad y, por lo tanto, la naturaleza de nosotros mismos, ¿por qué en este camino existe el sacrificio? ¿Qué es el sacrificio?

Carrón. El primer sacrificio que tenemos que hacer es reconocer que tenemos necesidad de Otro. ¿Por qué nos cuesta tanto? Porque nosotros, como la mayoría de los hombres, pensamos que somos autosuficientes, que nos las apañamos solos, que podemos responder a nuestra necesidad o a la de los demás con nuestras energías. Por eso, el primer sacrificio, la primera conversión es ésta. La resistencia es a reconocer nuestra dependencia de Otro. ¿Por qué complicarse la vida, si es tan fácil obedecer? Toda la fatiga que hacemos de más, además de la debida, es justamente por esta dificultad que tenemos – por una falta de conciencia de la necesidad y por una falta de conciencia de la inmensa caridad que el Misterio ha tenido con cada uno de nosotros – de darnos cuenta de que ésta es la verdadera cuestión. Yo siempre pienso en los fariseos, no porque fueran hipócritas, sino por esta dificultad para reconocer una Presencia que respondía a la necesidad. Estaban dispuestos a cualquier sacrificio, excepto a uno; todo lo demás es secundario. La verdadera dificultad nuestra, el verdadero sacrificio, la verdadera resistencia es a esto, porque si cedemos, Él nos acompaña a vivir cualquier otro sacrificio, Él se convierte en compañero, Él se convierte en apoyo, Él se convierte en razón, calor, ternura, perdón, misericordia, para todo lo demás. Si nosotros pudiéramos darnos una respuesta solos, ¿para qué le necesitaríamos a Él?

Dupuis. ¿Es por eso que, si falta esto, en todos los sacrificios que hacemos nos sentimos solos?

Carrón. Así es. Ésta es la gran dificultad. Mientras veníamos en el coche me contabas que te había impresionado una joven de tus chicos que, a la pregunta de una cantante famosa que había venido a visitaros: «¿Qué necesitáis?», había dicho: «Necesitamos ser amados». La cuestión es la lealtad sencilla de esa chica, es si nosotros tenemos esa sencillez ante nosotros mismos. En un niño esto es natural, tanto es así que para cada necesidad se dirige a su madre, no tiene ningún problema, pero – como siempre nos enseñó don Giussani – ser niños de mayores es muy difícil, porque para llegar a esta sencillez hay que atravesar toda una costra, es decir, hace falta toda una educación, todo un trabajo. Anteayer en la Escuela de comunidad una observaba: «A los niños no les cuesta creer en el testigo, creer en su madre cuando les dice algo». Ni a mí. «Sí, pero tú, tú no eres una niña; tú sabes muy bien que para creer en otro, en quien muchísimas ideas y muchísimos hechos casi te impiden creer incluso frente a un hecho por el que ves que es razonable creer, tienes que hacer un esfuerzo enorme». ¿Estamos dispuestos a hacer este camino para llegar a ser niños? No niños inconscientes, infantiles, sino niños por una actitud de sencillez, que nos consiente reconocer inmediatamente las razones por las que es razonable ceder, y esto no supone ser menos, sino tener más humanidad, porque el genio – como dice don Giussani – necesita pocos indicios; cuanto más genial es uno, con más facilidad es capaz de darse cuenta de

cuándo es razonable fiarse. Si a nosotros nos cuesta no es por nuestra genialidad, sino por falta de ella.

Mandelli. En los primeros tiempos, cuando empecé a trabajar para la CdO Non Profit, un día Vittadini me dijo: «En Como los amigos de Cometa necesitan ayuda». Empecé a ir casi todas las semanas a casa de los hermanos Figini; me hablaban de sus proyectos, que ahora están realizando. Las primeras veces me decía: «Veamos cómo consigo serles útil»; mi preocupación era ser útil. Pero ellos eran estupendos. Y ¿qué pasó? Que mi séptimo hijo comenzó a tener problemas. Por la relación de amistad que había nacido, mi hijo fue durante dos años a Cometa y ahora ha cambiado totalmente: está yendo a la universidad, ha recuperado algunos años de estudio. De ese modo, finalmente, entendí que iba allí porque era yo quien necesitaba ayuda. Pero tuve que darme el cabezazo... antes me empeñaba en encontrar una solución y la solución estaba ahí, delante de mí.

Dupuis. Un segundo pasaje que nos interesa mucho es la unidad entre quien vive en la obra. La experiencia nos dice que en la obra no se hacen trampas, porque si la unidad es algo que hay que construir o un factor que hay que tener presente (frase recurrente entre nosotros: un factor que hay que tener presente), este esfuerzo se hace imposible dentro de la acción de respuesta a la necesidad, que ya es difícil de por sí; y aunque este esfuerzo parezca dar algún fruto, en cualquier caso es al margen de la vida.

Desde este punto de vista, la obra es despiadada, porque si la comunión no crece como concepción del yo, sino como algo bueno que hay que tener presente, se convierte en una complicación. Podemos ponernos de acuerdo en todo, menos en esto; en este punto decisivo no nos podemos “poner de acuerdo”. Si pienso en mi experiencia con la otra familia con la que vivimos en “Cà Edimar”, sobre toda la organización nos podemos poner de acuerdo, llegar a un acuerdo, pero sobre este punto es imposible: hay que sorprenderlo y seguirlo. Es significativa una contribución que nos ha llegado y que dice: «Se me dice que estamos unidos en el origen, por lo tanto, estamos llamados a ser un equipo y trabajamos todos con el mismo objetivo: a todos nos interesa el bien de la obra. Si este trabajo de equipo no se da, no despega, es porque el origen no está claro y no tenemos el mismo objetivo. Yo no me atrevo a decir que la lógica que hay detrás de estas afirmaciones no sea verdadera, pero no me corresponde, se me queda pequeño y me está costando mucho seguir adelante porque me siento chantajeado por este planteamiento. ¿Dónde nos estamos equivocando? ¿Dónde estoy oponiendo resistencia, mortificando un trabajo común y, por consiguiente, si es verdad, estoy perjudicando a la obra?».

Carrón. Lo que decía Antonio puede ser el punto de partida para comenzar a responder. Porque precisamente tener clara la necesidad – como nos enseñó don Giussani, lo estudiamos el año pasado en la Escuela de comunidad – es lo que nos mantiene unidos. La primera comunión está en la concepción que tengo del yo: yo necesito a Otro. A uno le puede hacer falta más o menos tiempo, otro puede pensar – como decía Antonio – que va a echar una mano cuando, en realidad, es él quien necesita ayuda, pero la cuestión es la modalidad con la que digo “yo”, si cuando decimos “yo”, si cuando cada uno de nosotros dice “yo”, dentro está Otro. ¿Dónde sorprende esto con más facilidad? Pensad en una madre. No necesita hacer ejercicios espirituales o no sé qué tipo de razonamiento teórico para decir “yo” de una determinada manera. Si se trata de una familia normal, la madre no puede decir “yo” sin que al decir “yo” incluya a su marido y sus hijos. La unidad es un hecho. Por eso, si no decimos “yo” así, con los demás dentro, abrazando, no lo decimos de manera verdadera. Y esto es una concepción, antes que hacer cosas. ¿Cómo se ve si

tenemos esta concepción? Por la manera como nos movemos. Si a ti se te ocurre una idea en “Cà Edimar”, puedes actuar solo o puedes, antes que nada, compartirla con los que están contigo. ¿Cómo se forma un equipo? Por el modo como tú, frente a las cosas que se te ocurren, empiezas a compartirlas. ¿Por qué? No solo por un problema ético (porque tengo que portarme bien, porque hay que vivir la comunión, etc.), sino porque sin ellos tú eres menos tú mismo, no logras ver sin considerar todos los factores que pueden contribuir a llevar adelante tu idea. Tú necesitas de los demás. De nuevo, volvemos al primer punto: ¿por qué nos cuesta tanto vivir la unidad? Porque, en el fondo, no nos sentimos necesitados: los demás son un añadido, algo que se añade desde fuera, no forman parte de mi concepción del yo, no forman parte de la modalidad con la que digo “yo”.

Cada uno tiene que verificar esto en la experiencia que hace cuando actúa de un modo y cuando actúa de otro. Cuando uno comparte y deja que los demás puedan contribuir a una idea genial que se le ha ocurrido, ¿es mejor para él y para la obra, o es peor? Cada uno tiene que hacer este simple razonamiento. Entonces, sin darnos cuenta, nos ponemos a formar equipo. ¿Por qué? Porque percibo a los demás no como una alternativa que me quita algo, sino como parte – hay gloria para todos – como lo que el Señor me pone cerca para contribuir a una idea que he tenido. Pero hay que estar dispuestos, esto sí, a dejar que los demás puedan contribuir, que la idea no esté ya tan cerrada en mí, que no acepto nada.

Pensad en las obras que cada uno de vosotros hace: ¿podéis imaginar que la obra habría llegado adonde ha llegado sin decir “yo” así? ¡Es imposible, imposible! Los demás no han sido una alternativa, que impedía mi crecimiento o el de la obra, sino algo que ha contribuido a éste. Por lo tanto, hasta que no percibimos al otro como un bien y no como una alternativa, nos defendemos del otro. Por eso, se trata de concepción y de juicio: si uno no juzga en la experiencia, si no ve en la experiencia por qué le conviene, por qué la comunión le conviene, antes o después se cansa de ser bueno. Si uno obra solo porque hay que hacer cosas, porque es cristiano en sentido teórico, pero no cambia el criterio, en el fondo es como algo con lo que hay que cumplir pero no un recurso, uno se defiende y al final es difícil trabajar juntos, es imposible. Cuando era profesor, no podía siquiera imaginar escribir un artículo sin enseñárselo a mis amigos, y ni se me pasaba por la cabeza por qué “tenía que hacerlo” (¿quién me obligaba a hacerlo? ¡Nadie!), sino que era una concepción de mí mismo; es una modalidad, con la que uno se sorprende actuando en todo lo que hace, que yo te necesite: «¿Qué me dices de esto?», «He tenido esta idea: ¿qué te parece?». Esto genera la unidad, no como algo añadido, sino dentro de una experiencia que facilita justamente esta unidad; por lo que no tengo que defenderme de los demás, porque los demás son el recurso que el Misterio me da para sacar adelante las cosas.

Dupuis. Cuando esto sucede entre amigos es incluso fácil de comprender, pero en una obra, en la que un amigo tuyo es quien te da trabajo, entran también en juego los cargos y uno tiene la tarea de verificar si se respeta el horario de trabajo, o bien uno pide un aumento de sueldo y no lo obtiene... en tal caso, a menudo, es como si todo lo que has dicho se perdiese, como si se complicase. ¿Por qué?

Mandelli. Y las personas no son todas del movimiento y quizás, en algunos casos, incluso puede que sean hostiles.

Carrón. ¿Que el otro sea un bien es verdad solo para quien es del movimiento o para todos? Tenemos que desafiar a todos sobre esto. A mi jefe en el trabajo también le interesa percibir al otro como un bien; de la misma manera, a quien trabaja le conviene mirar a su jefe así. Cada uno tiene que hacer su camino. Ni siquiera el jefe, por el hecho de ser el

responsable último, se lo ahorra, por lo que puede crear un ejército o un lugar de relaciones. Y esto no se nos garantiza previamente por el hecho de ser cristianos. El hecho de la presencia de Cristo me consiente, me acompaña a hacer este trabajo, pero no lo da por descontado de antemano. Es decir, yo tengo que recorrer ese camino y mostrar, dar testimonio – con toda la fatiga que muchas veces implica – de que esta modalidad es más cónsona. Y si muchas veces, en nuestro modo de afrontar las cosas, no es así, tengo que aceptar que otro me corrija, porque si yo no lo consigo, significa que quizás no está todo claro en el planteamiento. Esto es una lucha. ¿Por qué? Porque los demás contribuyen a mi camino.

Todas estas situaciones a las que te referías a mí me parecen decisivas, porque quiere decir que existe una objetividad fuera de mí que tengo que tener en cuenta: la puedo percibir como algo que tengo que soportar, que tengo aguantar, o como una ocasión que tengo delante y que tengo que vivir como una perspectiva para mí. Si no percibo esto como una perspectiva para mí, como una posibilidad de crecimiento de mi persona y de la mi vida, soporto a los demás y me enfado con ellos. Pongo un ejemplo.

Una vez le pedí a una persona que colaborara con otro, y a ella, por su historia previa con este otro, le costaba muchísimo, y decía: «Mira, no puedo». Le dije: «Si tú no entiendes que ahí hay un camino para ti, una posibilidad de crecimiento para ti, nunca lo conseguirás. ¿Por qué deberías hacerlo? En cambio, si tú percibes que en esa relación hay una posibilidad de crecimiento, el hecho de que te sientas tan derrotada, incluso antes de empezar, pone en evidencia tu fragilidad, no la del otro. El otro tendrá que hacer su camino, pero tú, que ya te sientas tan derrotada frente a él, puedes irte derrotada o puedes ver esto como una ocasión que el Señor te da para hacer un camino que te consienta ser más tú misma, más consistente. Porque – como he dicho otras veces – no es el otro que te hace ser inconsistente: el otro te permite ser consciente de tu inconsistencia; y tú, frente a esta inconsistencia, ¿quieres hacer un trabajo para ser cada vez más consistente o prefieres escapar y llevar tu inconsistencia a otra parte? Porque no resuelves el problema marchándote, simplemente te llevas tu inconsistencia a otra parte.

Si en estas situaciones uno percibe la posibilidad de un camino para él, cualquiera que sea la respuesta del otro, si el otro se equivoca, no lo justifico, pero no tengo que esperar a que el otro cambie, porque puedo hacer un camino preguntándome: ¿qué me pide a mí esta circunstancia? Con el jefe y con el trabajador: ¿qué me pide a mí? Y menos mal que no existe un redil en el que me pueda ahorrar esto. Para uno que quiere caminar en la vida es fundamental, porque de este modo todo lo que sucede es una ocasión para un camino de conocimiento, porque muchas veces es así como comenzamos a conocer verdaderamente al otro: estas situaciones son la ocasión de una verdadera relación; y el hecho de que a veces no lo consigamos exige paciencia, como la que el Señor tiene con nosotros, pero es imposible que comencemos a tomarlo en consideración, si no entrevemos en cualquier situación una conveniencia para nosotros.

Dupuis. En ese caso, ¿ésta es una verificación de la fe!

Carrón. ¡Claro que sí! Es aquí donde verifico mi fe, porque no decido yo cuáles son las circunstancias en las que el Señor me llama a vivir; Él me da Su presencia, Su compañía, la compañía de aquellos que Él llama a la misma fe conmigo para mostrar en la realidad, en el modo como yo vivo la realidad, la gran novedad que entra en la vida; y lo hace no ya para ahorrarme la verificación, porque si me la ahorrara, ¿cómo podría ver la envergadura que tiene la fe, la novedad que introduce Cristo? Y como a mí lo que me interesa no es solo responder a la necesidad, sino crecer en la fe, tener una certeza cada vez mayor en Cristo,

sin esto ¿qué hacemos aquí? Y no porque no queramos responder, sino porque no existe esperanza para nadie si yo, en todo el camino de mi vida, lo que tengo siempre presente, la finalidad de todo no es verificar la fe, es decir, que hay esperanza para todos nosotros y para todos los que encontramos. Sin esto, estamos derrotados.

Esto es lo que más me sorprende: podemos construir el movimiento, podemos construir las obras de caridad, podemos hacerlo todo, dedicar una cantidad inmensa de tiempo, pero ¿esto nos hace cada vez más sólidos en la fe, nos facilita el reconocimiento de Su presencia que actúa entre nosotros, o nos hace más escépticos? ¿Qué nos contamos sobre las obras de caridad, si somos los primeros en ser derrotados? Sería una desgracia para nosotros y para los demás.

Dupuis. Tercer pasaje. ¿Qué significa crecimiento de la obra? Sobre esto hay un grande debate abierto entre nosotros. Ha hecho discutir mucho el juicio que diste en la Asamblea Internacional en La Thuile, donde decías: «Si solo podemos hacer cinco proyectos porque solo hay cinco personas que los puedan realizar tal y como lo entendemos nosotros, hay que obedecer a este dato. De lo contrario, seríamos unos presuntuosos que creen poder responder a la necesidad por el hecho de acometer proyectos cada vez mayores».⁶

A menudo se anula superficialmente este juicio tuyo reduciéndolo a esquematismos: «En tal caso, tenemos que ser todos de CL», o bien: «Lo pequeño es hermoso», o bien: «Atentos a no crecer demasiado»; es decir, en lugar de una pregunta de verdad, nace una sospecha sobre lo que se hace. Por eso te quería preguntar: ¿qué relación que hay entre la conciencia de la obra, en el camino que nos has acompañado a hacer esta mañana, y los criterios para su crecimiento?

Mandelli. Las obras, nuestras empresas sociales, son organismos vivos; por naturaleza, si un organismo está vivo, tiende a crecer. Si está dentro de un mecanismo que empuja a crecer, surge el dilema, la pregunta.

Carrón. A mí me parece bien todo este deseo de crecer, estoy contentísimo de que todas vuestras obras crezcan y me gustaría que fuese cada vez más así, para poder responder a la inmensa necesidad con la que nos encontramos. No quiero intentar frenar nada, ningún crecimiento. Por eso, ante ciertos esquematismos – como «Lo pequeño es hermoso», «Atentos a no crecer demasiado» – ¿qué tenemos que hacer? La voluntad de Dios: es el único criterio. ¿Qué significa esto de una manera que no sea formal? Que si con la obra queremos darle algo al hombre, si esto está claro, no lo podemos perder por el camino, porque si lo perdemos por el deseo de crecer, no sé qué interés puede tener la obra para nosotros y para los demás. Mi juicio es simplemente el de un campesino de España, hijo de un campesino de España, de uno apegado a la tierra, no es alta filosofía: si se hacen cosas – por la lógica tensión a crecer de la que hablaba Antonio – y luego se pierde de vista la naturaleza de la obra, me pregunto si a vosotros mismos os interesa seguir construyendo una obra. Esto lo tenéis que decir vosotros. Por lo tanto, si os importa la naturaleza de la obra tal como la habías pensado, porque consideráis que es la única capaz de responder a la necesidad, la única adecuada a la necesidad humana, seréis los primeros que intentaréis que esta naturaleza no se pierda por el camino, Es muy sencillo. Por eso, si podéis crecer, ¡adelante! Pero la única condición es no perder la naturaleza de lo que hacéis. En este sentido digo que se puede crecer o hacer otras obras, si existe el sujeto para hacerlo. Si no existe el sujeto, ¿qué hacéis? Mi observación en La Thuile se refería a lo que veo cuando

⁶ J. Carrón, *Amigos, es decir, testigos*, op. cit., p. 67

viajo. El AVSI es un ejemplo muy claro. Los amigos de AVSI trabajan muy bien porque tienen una experiencia única en su campo, como en muchas cosas la tenéis también vosotros en el vuestro. Son muy buenos identificando determinadas necesidades y haciendo determinados proyectos, saben qué hace falta para realizar un determinado proyecto. ¿Dónde está el problema? Es evidente que para determinadas obras, como llevar agua a un lugar, no hace falta nada especial, pero si hablamos – por poner un ejemplo, el más elemental de todos – de un colegio, no se hace todo el esfuerzo para inaugurarlo para luego contratar a profesores que sobre la educación piensan justo lo contrario sobre el motivo por el que se abre el colegio y por el que se ha hecho ese tentativo. ¿Os parece razonable? Mi preocupación es ésta. No estoy en contra – faltaría más – de fundar y sacar adelante un colegio; lo único que deseo es que quien lo hace tenga los recursos para hacerlo. Pero si veo que en determinados proyectos, cuando se entra en relación con la necesidad, el sujeto no existe, yo alguna pregunta me la planteo. Esto es importante para quienes trabajan en toda la “cadena de producción”. Para crear una obra, dar tiempo, energías, imaginación, hace falta hacer todo el recorrido. Tenemos que ser conscientes de ello. Nuestra primera exigencia es responder al Misterio. Si el Misterio nos da cinco en lugar de veinticinco, quizás habrá que encontrar a otros cinco antes de comenzar la obra. De lo contrario, construimos una obra distinta de la que queremos. Tenemos que ser coherentes, es decir, intentar juzgar todo el desarrollo de una obra a partir de la naturaleza de la necesidad. Si desde cuando comenzamos la reflexión sobre la necesidad a cuando acabamos con responder a ella perdemos por el camino la naturaleza de la necesidad, tendríamos que reflexionar sobre ello.

Yo no estoy en contra del crecimiento, en absoluto, es más, cuanto más se haga mejor. La única sugerencia que me permito daros es que no perdáis la finalidad de la obra. Y no me importa si las personas son de CL o no, no me importa esto, también porque no necesariamente es verdad que los profesores de CL sean siempre mejores que los demás; dejemos de dar juicios solo ideológicos. Nosotros ponemos en evidencia qué es para nosotros la fe, qué novedad es para nosotros, en el modo de ser profesor o de construir una obra en Uganda. No está dicho que todos los que se tropiecen con nosotros encuentren a alguien como Rose, que, además de responder al SIDA, despierta la esperanza. A mí me gustaría que todos pudiesen encontrar a una como ella. Por lo tanto, ninguna cuestión prejudicial si existe esta lealtad que facilita la obra. Como me parece leal decir a quien va a colaborar en una obra vuestra: «Nosotros queremos trabajar de este modo, y te lo decimos claramente para no tomarte el pelo; y te pido que tú lealmente me digas si compartes esto y no te interesa solo porque responde a un problema de trabajo, para luego ir a lo tuyo».

Si tenemos presente esta lealtad elemental, facilitamos que el desarrollo de la obra sea verdadero y adecuado a su finalidad.

Dupuis. Sobre todo, lo dramático es que el desarrollo no es neutral, es decir, tú colaboras al nihilismo o colaboras a despertar el yo. Es este dramatismo lo que a veces nosotros no percibimos.

Carrón. Nunca hay neutralidad, porque en cada gesto que hacemos, aunque sea pequeño, está en juego todo el planteamiento de la vida, todo. Por eso, al menos seamos leales. Luego que cada uno haga lo que quiera, pero digámonos las cosas claramente, ayudémonos al menos como juicio.

Dupuis. Por lo tanto, la lealtad y la apertura de las personas que se agregan a trabajar con nosotros es una circunstancia, no una intención. Tenemos tres preguntas finales para hacer.

La primera se refiere a la compañía entre las obras, sobre todo entre las obras de caridad: ¿cómo puede llegar a ser una ayuda real a compartir, según la naturaleza de nuestra experiencia?

Carrón. Cada obra tiene su naturaleza y no puede responder a todas las necesidades; a veces, a Mario acude gente con una necesidad a la que la obra que él guía no es adecuada para responder; pero ha llegado a sus manos una determinada persona. Si Mario es amigo de Antonio y Antonio tiene una obra que puede responder, esta colaboración puede comenzar a ser simplemente, sin ningún proyecto, una trama de relaciones, porque otro día puede ser que Antonio se encuentre con un caso similar y tenga que pedir ayuda a Mario. Cuanto más nos conozcamos y vivamos esta modalidad de decir “yo” que incluye a los demás y cuanto más conozcamos lo específico de cada cosa, más capaces seremos de responder a las necesidades. Esto, además, no implica ningún chantaje: Antonio es libre de responder a la necesidad de Mario (porque a veces no puede responder) y Mario es libre si no puede, porque es una relación de amistad, en la que se comparten las cosas. Si tenemos la conciencia de ser una sola cosa y de que intentamos responder de maneras distintas a muchas necesidades con las que nos encontramos, podemos responder mejor.

Dupuis. La segunda pregunta nos afecta mucho porque tú, sobre todo en este último año, nos has vuelto a plantear la propuesta de la caritativa, que muchos hacen justamente en nuestras obras, pero a menudo se identifica con un «Voy a ayudar a la obra». Tú, en cambio, nos la has vuelto a proponer según el significado original que don Giussani daba a la caritativa,⁷ es decir, como un gesto de educación del yo para ese camino del que hablabas hace poco. ¿Qué relación, pues, debemos tener con los que vienen a nuestras obras para un gesto de caritativa, teniendo en cuenta que es un gesto propuesto y guiado por CL?

Carrón. El gesto de la caritativa es un gesto que propone y guía el movimiento, pertenece a su ADN como parte educativa de la propuesta del movimiento. Por eso, el movimiento – si permanece fiel a su naturaleza – siempre se preocupará de proponer este gesto. Como casi todos vosotros podéis reconocer, ¿de dónde nació el deseo de crear una obra? De esta educación de la caritativa. Por eso, nosotros somos los primeros que intentamos defender la naturaleza de esta educación, justamente porque muchas veces empezasteis sin hacer una obra, sino simplemente educándoos a compartir la necesidad.

Vosotros que sabéis – por nuestra historia, por nuestra experiencia – cuál es la finalidad de la caritativa, debéis respetarla cuando acogéis a la gente que participa en la caritativa: por ejemplo, poniéndoos de acuerdo con quien guía el movimiento sobre cómo colaborar, de manera que no se trate solo de responder a la necesidad que tenéis, sino también de ayudar a quien se dirige a vosotros para hacer este gesto de educación a compartir; y esto será un bien también para vosotros, porque en la medida en que el yo está educado a esta caridad, serán más los que querrán colaborar con vosotros y contribuir en vuestra obra.

A mí me interesa que nos ayudemos en esto: os doy las gracias por todas las sugerencias que podáis darnos para proponer, acompañar y servir el gesto de la caritativa. Esta manera de acompañarnos y de ayudarnos es una modalidad de decir “yo”.

Dupuis. La última pregunta es sobre la modalidad con la que continuar esta Escuela para Obras de caridad. Lo primero es observar la experiencia; en la experiencia entendemos lo

⁷ Cfr. L. Giussani, *El sentido de la caritativa*, «Huellas», n. 4, abril 2006

que sucede, el paso que hay que dar. Por eso habíamos pensado que el año que viene las lecciones serán testimonios en los que mostrar cómo crece una obra, no para indicar un modelo, sino para sacar a la luz los factores que permiten un desarrollo y cómo el yo se pone en juego frente a los problemas que encuentra, de carácter económico, civil, institucional, en la relación con los trabajadores, etc. Y una segunda cosa podría ser la visita a algunas obras, el encuentro con algunas obras.

Carrón. Es tanta la riqueza de lo que hacéis que compartirla es un bien para todos. Por eso, me parece precioso vuestro modo de seguir adelante, porque es desde dentro de los testimonios de una obra desde donde pueden surgir preguntas, aclaraciones, que sirvan para enriquecer la experiencia.

Este modo de proceder es el más conforme a nuestra historia y siempre será más útil para todos, porque en una obra habrá unos factores y en otra otros. Cada vez que os escucho, aprendo un montón de cosas. Será útil también para vosotros, porque desde dentro seréis más capaces de entender la envergadura de ciertos desarrollos y de ciertas obras que han nacido entre vosotros.

Os deseo que este camino sea siempre para crecer en la conciencia y la verificación de la fe.

Dupuis. Como siempre, nos has desarmado, porque nos has dicho que somos nosotros quienes tenemos que decidir si este camino es conveniente.

¿Podemos recitar el *Ángelus*?

Carrón. Os deseo que recitar el *Ángelus* cada mañana sea la ocasión para tomar conciencia de la caridad que el Misterio tiene para con cada uno de nosotros, del Misterio que cada mañana tiene piedad de nuestra nada.